

Dolores Conquero

EL DOLOR DE LOS OTROS

V PREMIO INTERNACIONAL
CUADERNOS DEL LABERINTO DE PENSAMIENTO, 2024



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— ANAQUEL DE PENSAMIENTO, nº 23 —
MADRID • MMXXV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición y traducción en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © DOLORES CONQUERO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de la autora en solapa © JAVIER OCAÑA
Collage de cubiertas © LustreArt. Con licencia de Depositphotos



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Primera edición: MARZO 2025

I.S.B.N: 978-84-18997-91-4
Depósito legal: M-5702-2025

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A Rosana Conquero

In memoriam

«Ni siquiera los conoce».

Diálogo de la película *Lord Jim*,

basado en la novela de JOSEPH CONRAD

¿Cuántas veces puede un hombre girar la cabeza
y fingir que simplemente no ve lo que pasa?

BOB DYLAN, *Blowin' in the Wind*

Estoy allí donde está el dolor: en todas partes.

VLADIMIR MAYAKOVSKI

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	pág.	11
1. UN FENÓMENO NO TAN RECIENTE.	pág.	15
2. ¿EMPATÍA VERSUS COMPASIÓN?	pág.	19
3. UN POCO DE HISTORIA	pág.	25
Primeras representaciones	pág.	25
La guerra empieza a fotografiarse.	pág.	28
La Primera Guerra Mundial	pág.	32
Guerra Civil española y Segunda Guerra Mundial.	pág.	35
Vietnam	pág.	39
La Guerra de las Malvinas.	pág.	41
1983, nuestro <i>annus horribilis</i>	pág.	43
La niña Omayra y Chernobyl, dos puntos de inflexión.	pág.	45
Guerra del Golfo, la primera televisada, y la de los Balcanes ...	pág.	48
El crimen de Alcàsser.	pág.	51
Miguel Ángel Blanco.	pág.	52
4. EL 11-S: ¿MOSTRAR O NO MOSTRAR?	pág.	55
5. HISTORIA NATURAL DE LA DESTRUCCIÓN	pág.	59

6. BOMBARDEO INCESANTE DE NOTICIAS	pág.	63
7. LA FATIGA POR COMPASIÓN	pág.	65
La historia de Letizia Battaglia	pág.	66
8. LA CRISIS ECONÓMICA EN LOS MEDIOS	pág.	69
9. LA PANDEMIA QUE LO TRASTOCÓ TODO	pág.	71
10. MÁS SOBRE INFOXICACIÓN	pág.	73
11. Y DESPUÉS, UCRANIA Y GAZA	pág.	75
12. ¿DE VERDAD SENTIMOS EMPATÍA?	pág.	77
13. RESPONSABILIDAD DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN	pág.	81
El túnel de Berlín	pág.	85
14. EL MIEDO ES EL MENSAJE	pág.	87
15. ¿SOLUCIONES?	pág.	91
OBRAS CONSULTADAS	pág.	97
AGRADECIMIENTOS	pág.	103

INTRODUCCIÓN

Todos hemos oído hablar del síndrome de Stendhal, esa suerte de mareo que, ante tanta belleza, le sobrevino al escritor francés en la ciudad de Florencia. Su organismo, literalmente, no pudo con esa sobredosis de arte y colapsó. ¿Cuánta gente ha sufrido alguna vez lo mismo que el autor de *Rojo y negro*? ¿Lo ha sufrido en la misma medida o, al contrario, de forma mucho más leve y llevadera? Las personas somos muy distintas, y así, igual que es probable que un determinado número se identifique con el mal de Stendhal, a otros el síndrome les parecerá una perogrullada. Pero, no hay duda, el mal causado por la sobredosis de belleza existe, y eso es tanto como decir que algunos seres humanos tienen —tenemos— un límite para asimilar y digerir dicha cualidad. Y que, una vez superado este, nuestro organismo puede decir basta.

Por analogía, el síndrome de Stendhal podría servirnos para identificar algo similar, pero de muy distinto signo, que se da en las sociedades modernas. La televisión, las redes sociales, los periódicos o Internet nos permiten acceder constantemente a todo tipo de información, y en dicha información, como no podía ser menos, ocupa un lugar destacado lo relativo a calamidades de todo tipo: guerras, naufragios, hambre, injusticias, devastación... Nunca antes el ser humano tuvo acceso, en vivo y en directo, a tanta información, a tanto dolor. Nunca antes fue bombardeado con noticias de desgracias que se suceden, sin solución de continuidad, en los cinco continentes. Evidentemente, tal sobredosis de noticias no afecta a todo el mundo por igual, y además solo se da en una parte muy concreta de la población, aquella que puede permitirse «el lujo» de seguir con su vida mientras asiste, desde la seguridad de su salón,

a la visión de ingentes tropelías. ¿Qué pasa si esa información es excesiva? ¿Existe también un umbral para saber del dolor ajeno sin colapsar? Como ocurría con la belleza, ¿podemos sufrir de sobredosis de dolor y marearnos o, lo que es peor, entristecemos y deprimimos ante su constatación?

Según el informe Digital News Report 2022, elaborado por el Instituto Reuters y la Universidad de Oxford a partir de más de 93 000 entrevistas a consumidores de 46 países, cada vez hay más gente que evita las noticias (a menudo o a veces), especialmente aquellas que afectan a su estado de ánimo. Nada menos que el 38 %, cuando en 2017 el porcentaje era del 27 %, y con datos muy llamativos, como que en Brasil, por ejemplo, más de la mitad de la población se incluye en este apartado. Estas cifras corren parejas al ingente caudal de información recibida y, sin duda, aunque no diferencian entre lo que resulta más o menos cercano a los consumidores, son reveladoras.

En 1977 Susan Sontag publicó *Sobre la fotografía*, y muchos años más tarde, en 2003 (2010 en España), su aclamado ensayo *Ante el dolor de los demás*. En ambos libros analizaba el uso, nunca inocente, que se había dado a las imágenes de guerra a lo largo de la historia. En algún momento habla de la conmoción que a veces provocaban, y de cómo, a partir de ese sentimiento, se podía conseguir una respuesta «adecuada» en la población. Pero ¿qué es una respuesta adecuada?, se preguntaba la escritora. «Si el horror podía hacerse vívido —recordaba— la mayoría de la gente entendería que la guerra es una atrocidad e insensatez»; es decir, que la descartaría por principio. Pero es evidente que este pensamiento, perfectamente lógico, no se sostenía en cuanto dejaba paso a las interpretaciones interesadas que podían darse según fuera un bando u otro el que interpretara las imágenes.

Las valiosas y a veces contradictorias reflexiones de Sontag —no en vano describe cómo fue cambiando la percepción de la sociedad y de ella misma sobre las fotografías de guerra a lo largo del tiempo— serán analizadas más adelante, pero antes nos centraremos en cómo el bombardeo incesante de información, por lo demás deprimente, nos afecta en este siglo XXI. Una información que no se limita a dar buena cuenta de guerras, sino de un sinfín de desastres que tienen como protagonistas a los otros, a los demás, y a veces también a nosotros mismos.

1. UN FENÓMENO NO TAN RECIENTE

Igual que ocurre con ciertas afirmaciones sobre los jóvenes, que nos parecen actuales pero ya las dijeron en su día pensadores como Aristóteles («Han perdido el respeto a los mayores, no saben lo que es la educación y carecen de toda moral»), así ocurre con el creciente caudal de información aciaga, sobre el que ya escribió en su día Baudelaire en sus diarios o, como bien recuerda Susan Sontag, quien fuera presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja a finales del siglo XIX, Gustave Moynier, bien es verdad que, de nuevo, todo se focalizaba en la información sobre la(s) guerra(s):

En la actualidad, sabemos lo que ocurre todos los días a lo largo y ancho del mundo... las descripciones que ofrecen los periodistas de los diarios son como si colocaran a los agonizantes de los campos de batalla ante la vista del lector [de periódicos] y los gritos resonaran en sus oídos ¹.

Pero tanto Baudelaire como Gustave Moynier exageraban, evidentemente. ¿Cuántas familias españolas, francesas, inglesas, tenían en 1899 acceso a los periódicos, si una enorme parte de la población ni siquiera sabía leer? En España, la tasa de analfabetismo era del 60 % ²; ¿cuántos de estos podían permitirse comprar un periódico? Incluso los que sí lo hacían disponían de una información limitada, por más que, como todo, la cuestión era con qué se la comparaba. Está claro que, puesta en común con la que había, por ejemplo, un

¹ Susan Sontag. *Ante el dolor de los demás*. Debolsillo. Penguin Random House. Pág. 24.

² Manuel B. Cossío. *La enseñanza primaria en España*. Museo Pedagógico Nacional, 1915.